

## 2ª SESION DE PRORROGA DEL 4 DE OCTUBRE DE 1895

### PRESIDENCIA DEL DOCTOR ALCOBENDAS

**SUMARIO:**—Asuntos entrados—Aprobación sobre tablas del dictamen de la comisión de presupuesto en las modificaciones introducidas por el honorable senado al proyecto de ley aumentando el impuesto interno á los alcoholes—Integración de la comisión de hacienda—Continúa la discusión pendiente sobre el dictamen de la comisión de hacienda en el proyecto de ley en revisión y en los presentados por varios diputados, relativos á la lotería de beneficencia.

**DIPUTADOS PRESENTES:**—Abella, Acuña, Alcobendas, Alem, Almada, Alvarado, Amarilla, Amuchástegui, Avalos, Avellaneda, Balaguer, Barroetaveña, Berduc, Cabal, Cantón, Carol, Castellanos (F.), Claros, Ceretti, Daract, Dávila, Demarchi, Demaria, Frias, Gálvez, García (J. A.), García (L.), García (T.), Garzón, Grané, Godoy, Gómez (F. M.), Gómez (J. R.), Guñazú, Herrera, Irigoyen, Llobet, Luque, Martínez, Mantilla, Maurín, Mena, Obligado, Ocampo, Otaño, Pacheco, Pérez, Quesada, Rodríguez Jurado, Ruiz, Soaje, Solari, Tamayo, Torino, Torres, Tejedor, del Valle, Varela, Villamayor.

**AUSENTES, CON LICENCIA:**—Ayarragaray, Uballes.

**AUSENTES, CON AVISO:**—Alvarez, del Campillo, Charvarría, Cortés Funes, Fernández, Gómez (I.), González (J. V.), Morel, Pizarro, Saavedra Zavaleta, Vila.

**AUSENTES, SIN AVISO:**—Alurralde, Castellanos (A.), Ferrari, Ferrer, González (G.), Ibáñez, Moutier, Peña, Pinto, Ugarte, Vieyra, Villanueva.

—En la capital de la República, á 4 de octubre de 1895, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba anotados, el señor presidente declara abierta la sesión siendo las 3 p. m.

### ACTA

—Se lee y aprueba la de la sesión anterior.

### ASUNTOS ENTRADOS

#### COMUNICACIONES OFICIALES

Buenos Aires, octubre 2 de 1895.

*Al honorable congreso de la nación:*

Con fecha 19 de julio próximo pasado, el poder ejecutivo tuvo el honor de solicitar de vuestra honorabilidad los fondos necesarios para entregar á la suprema corte de justicia de la nación la suma de cinco mil pesos moneda nacional, que le había sido solicitada por la misma, á efecto de terminar la refacción del local que ocupa y renovar el mobiliario de diversas oficinas; y, posteriormente, en agosto 21, recabó de vuestra honorabilidad la sanción de un proyecto de ley autorizando la inversión de diez mil pesos en los gastos de consagración é instalación del nuevo arzobispo de Buenos Aires, doctor Uladislao Castellanos.

Ambos asuntos revisten el carácter de urgentes: el primero, porque la corte suprema ha agotado los recursos de que disponía para llevar á efecto los aludidos trabajos que se hace necesario terminar en el menor plazo posible; y el segundo, porque de un momento á otro se recibirán de Roma las bulas de institución del ilustrísimo señor arzobispo, cuya consagración deberá hacerse en seguida y requerirá gastos á los cuales no podría hacer frente el poder ejecutivo si vuestra honorabilidad no prestara una sanción inmediata al proyecto de ley ya mencionado.

En consecuencia, se ha resuelto habilitar las actuales sesiones de prórroga para que vuestra honorabilidad pueda proveer el despacho de ambos asuntos. Lo que el poder ejecutivo espera en atención á las circunstancias que deja expresadas.

Dios guarde á vuestra honorabilidad.

JOSÉ E. URIBURU.  
ANTONIO BRREJO.

Octubre 4 de 1895.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2ª Sesión de prórroga.

**Sr. Presidente**—Sí, señor.

**Sr. Avellaneda**—Siendo un asunto de tanta importancia, yo propondría que se integrara la comisión, que está incompleta por la ausencia del diputado por Santiago del Estero, señor Fernández.

**Sr. García (L.)**—Que se sustituya al señor diputado Fernández.

**Sr. Presidente**—La cámara resolverá....

**Sr. Cantón**—Que lo designe el señor presidente.

**Sr. Presidente**—Si no hay oposición, así se hará.

Se nombra al señor diputado Domínguez.

## ORDEN DEL DÍA

### LOTERÍA DE BENEFICENCIA

**Sr. Presidente**—Corresponde entrar a la discusión en particular del proyecto de ley sobre lotería.

Se había hecho moción en la sesión anterior, que entiendo fué aprobada para que todo artículo no observado se dé por aprobado; pero para esto se requiere que haya *quórum*.

—Ocupa su asiento en el recinto el señor ministro del interior, doctor Benjamín Zorrilla.

—Se lee el artículo 1º del proyecto en debate. (Véase la página núm. 5).

**Sr. Balaguer**—Pido la palabra.

Después del largo é ilustrado debate de que ha sido objeto este proyecto, en general, voy á ser muy breve, para manifestar mi disidencia respecto del artículo 1º del despacho de la comisión y proponer otro en su reemplazo.

Descartadas, por la sanción en general de la cámara, las cuestiones de orden moral, económico y sociológico que se relacionan con la materia en debate, quedan en pie todas las observaciones de carácter constitucional enunciadas por el señor diputado por Buenos Aires, y que no he de repetir, pues lo ha hecho con un acopio de ilustración que yo no podría sobrepasar.

Según lo expuso el señor miembro informante de la comisión de hacienda, este proyecto es dictado por el congreso en su calidad de legislatura local. Y no

puede ser de otra manera, porque la materia en sí no puede ser nunca objeto de legislación por parte del congreso como legislatura federal.

Pero ya encontraremos en el artículo 1º la contradicción evidente de que el congreso, procediendo como legislatura local, establezca una lotería de beneficencia nacional.

Puede la cámara apercibirse, desde luego, que hay una contradicción entre esta disposición del artículo y los fundamentos aducidos por el señor miembro informante de la comisión.

**Sr. Almada**—¿Me permite el señor diputado?....

No sé si se ha referido á mí al afirmar que se dijo que la ley era dictada por el congreso en su calidad de legislatura local.

**Sr. Balaguer**—Sí, señor.

**Sr. Almada**—Absolutamente no he podido yo decir semejante cosa. Sostengo todo lo contrario; sostengo que es dictada por el congreso como legislatura de la nación.

**Sr. Balaguer**—Perfectamente. Crefa haber oído lo que le atribuía al señor diputado. Pero esta rectificación viene más en abono de lo que sostengo.

Entonces el señor diputado afirma que es el congreso nacional el que dicta esta ley con vigor, con fuerza para todo el territorio de la República; y yo le pregunto: ¿cómo debe ser considerada la lotería?

Bajo el punto de vista práctico, y tomada como fuente de recursos, no es uno de los impuestos enumerados por la constitución, como ya lo ha hecho notar el señor diputado por Buenos Aires. Es un simple impuesto de garantía á un contrato aleatorio. ¿En qué forma? En la forma siguiente:

Todos los tomadores de billetes se comprometen á entregar el fondo común, constituido por el precio de sus respectivos billetes, á aquel que resulte agraciado por la suerte.

Entonces la institución, la autoridad ó la persona que hace circular los billetes, se compromete á garantizar el fiel cumplimiento de este contrato, haciendo la entrega del referido fondo al que resulte agraciado, según las condiciones de ante-

Octubre 4 de 1895.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2ª Sesión de párraga.

mano establecidas, cobrando por esta garantía el veinticinco por ciento de la suma total, desde el momento que se determina que en cada extracción se adjudicaría solo el 75 % en premios.

Es, pues, un simple impuesto de garantía á un contrato, y en tal virtud el congreso federal no puede absolutamente dictar una ley de esta naturaleza, porque tales leyes son de exclusiva jurisdicción de los poderes locales.

Por otra parte, estos fondos y recursos se aplican á objetos de beneficencias, y la beneficencia no puede tener carácter nacional; la beneficencia implica una misión municipal. Así lo ha entendido siempre este congreso y así está establecido por los antecedentes locales desde que se estableció en la ley de creación de la municipalidad, que era de cuenta de ésta el establecimiento y administración de una lotería municipal.

Así lo establecen también nuestras leyes de fondo, así lo establece el código civil cuando dispone que las loterías y rifas serán reglamentadas por el poder municipal.

Por todas estas consideraciones, señor presidente, en que no quiero abundar, y que se han de imponer al criterio claro é ilustrado de los señores diputados, pido la sustitución del artículo 1º de este proyecto por otro que diga sencillamente: «Restablécese la vigencia del inciso 8º del artículo 44 de la ley orgánica de la municipalidad, derogado por ley 16 de octubre de 1890.

Esto es lo que, á mi juicio, corresponde. Así el congreso no habrá invadido facultades ni atribuciones que no le pertenezcan y se habrá establecido la lotería con los fines y propósitos que esta cámara ha tenido en vista al sancionar el proyecto en general.

He dicho.

**Varios señores diputados**—*¡Muy bien!*  
**Sr. Varela**—Pido la palabra.

Como supongo que se va á hacer alguna réplica después del discurso del señor diputado, voy á agregar dos palabras, para que se sirva contestarlas al mismo tiempo el colega que replique.

Yo pregunto: ¿es esta una facultad del congreso concurrente con la de los gobiernos de provincia? ¿Es esta una fa-

culta excluyente de las facultades de los gobiernos de provincia?

Hay constituciones de provincia—ya lo dije anteriormente—en que se prohíbe la venta de loterías.

Ahora, ¿entra en las facultades del congreso destruir las disposiciones de esas constituciones locales é imponer la circulación y venta de billetes de la lotería nacional, dentro de los territorios provinciales ó no?

En este último caso, es esta una ley que no encontraría términos para clasificarla en su carácter nacional, pero sí en su carácter municipal.

¿Qué ley nacional sería esta que no regiría sino en aquellas provincias que lo consintieran?

Y esta es una cuestión que tiene que venir y surgir inevitablemente, porque yo supongo que el gobierno de Buenos Aires, por ejemplo, cuya constitución establece que queda prohibido el juego y venta de billetes de lotería en el territorio provincial, si cumple con su deber, perseguirá á todos los que vayan á expender en la provincia de su mando billetes de la lotería nacional.

¿Cuál será la actitud del poder ejecutivo nacional en presencia de esta actitud que un gobierno de provincia observe?

¿Le reconocerá derecho para desconocer esto, que es ley nacional, dictada por el congreso federal? O por el contrario ¿le desconocerá tal derecho?

Y si le reconoce ese derecho, ¿dónde queda entonces la prescripción constitucional que establece que las leyes de la nación priman sobre las leyes y constituciones de las provincias?

No basta fundarse en esta facultad, que indudablemente existe en el congreso, como ya lo he manifestado antes y como lo reconocen los comentaristas americanos y argentinos: que los poderes de incidencia del congreso para llenar los fines de la institución federal complementan las facultades del gobierno de la nación.

Pero no podía ocurrírsele á nadie que era un fin de la institución federal jugar la lotería. Y no se le ha ocurrido eso ni á la misma comisión ni al poder ejecutivo, puesto que no entra un centavo del producido de la lotería en las arcas fis-

cales. De manera que estos poderes de incidencia no son los que fundan la autorización de esta lotería.

Esperando, señor presidente, que se aclararán estas dudas, dejo la palabra, para tomarla después si lo creo oportuno.

**Sr. Almada**—Pido la palabra.

Yo entendía, señor presidente, que la faz bajo la cual quiere volver á colocarse la cuestión, estaba totalmente descartada.

Tendría simplemente que decir, para no repetir las mismas ideas, (aún cuando pudiese hacerlo en diversa forma de lo que lo hice en la sesión anterior,) que los discursos que se acaban de escuchar no son pertinentes á la materia en debate.

No está en discusión la creación de una lotería. Lo que está en discusión son las modificaciones de detalle á una ley vigente. La ley de lotería rige desde el año 1893, en que fué sancionada; y desde entonces existe una lotería nacional, porque así se dijo por el miembro informante de la comisión, porque así lo entendieron los demás legisladores que discutieron el proyecto, porque así está clara y netamente expresado en los artículos de la ley, porque así lo han entendido los jurisconsultos llamados á pronunciarse al respecto; porque así lo ha resuelto el poder ejecutivo, con el ilustradísimo concurso de ministros de incuestionable competencia en la materia.

Ahora, en cuanto al punto de hecho de que en la provincia de Buenos Aires pudiera ocurrir el caso de resistirse la venta de billetes de lotería, yo preguntaría: ¿se ha producido el caso desde que la ley rige en el país hasta la fecha? ¿Sí, ó no? Si se ha producido, veremos cómo se ha resuelto; si no se ha producido, quiere decir que no se producirá jamás.

¿Entonces á qué discutir sobre este punto?

No creo necesario insistir: estas son modificaciones de palabras, que hacen menos dificultosa, menos susceptible la ley de sutilezas de interpretación, y es á eso á lo que tendemos.

Concluyo repitiendo las palabras que enuncié en la sesión anterior, del señor general Mitre: «Desde que la ley existe, contribuyamos todos á hacerla lo más perfecta posible.»

**Sr. Balaguer**—Pido la palabra.

Las observaciones que he hecho al artículo primero son de todo punto pertinentes, y no se refieren á la discusión en general.

Por este artículo se trata de establecer el carácter que debe tener esta lotería. La comisión sostiene que debe ser una lotería nacional, y yo sostengo que debe ser municipal, para lo cual dí las razones que la cámara ha escuchado; y me afirmo más en que debe ser lotería municipal, porque si examinamos el contexto general de la ley, veremos que le falta hasta el requisito primordial de la igualdad: lo que es un delito en la capital (y aquí me refiero á otro artículo que el primero para no volver á hacer uso de la palabra) deja de serlo inmediatamente que se sale del municipio federal.

Por esta ley se imponen castigos, se crean penas, se modifica una ley de procedimiento local.

**Sr. Almada**—Nada de eso, señor diputado.

**Sr. Balaguer**—Sí, señor.

**Sr. Almada**—Cuando llegue el caso le demostraré que no.

**Sr. Balaguer**—Perfectamente; y cuando llegue el caso yo le voy á demostrar lo contrario al señor diputado.

La cámara se apercibirá de que esta ley no puede ser nacional.

La cámara está conforme en que es necesario ocurrir á esta fuente de recursos para mantener la beneficencia y la caridad pública; pero lo haremos en las condiciones en que podemos hacerlo, es decir, como legislatura local, y no como legislatura nacional, en cuyo caso invadiríamos derechos y prerrogativas reservadas especialmente á las provincias, y sobre las cuales no puede pasar el congreso.

Ya que hemos de legislar sobre loterías, yo no me opongo, no puedo oponerme tampoco en esta estación del proyecto, pero quiero que se haga de acuerdo con las prescripciones fundamentales de nuestra constitución.

No añadiré más.

**Sr. Almada**—Pido la palabra.

Los nuevos puntos que indica el señor diputado corresponden á la discusión en particular.

Octubre 4 de 1895.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2ª Sesión de prórroga

**Sr. Balaguer**—Lo he dicho; por eso no he insistido en ello.

**Sr. Almada**—Si yo supiese que á pesar de sancionarse los artículos, no se volvería á repetir esta discusión, probaría al señor diputado la afirmación que acabo de hacer: que no se legisla nada, que todo está hecho, que no se crea ningún delito, que todo lo que se hace es simplemente reglamentar.

Y cuando yo hago afirmaciones, he de probarlas con las leyes, con los decretos y con los artículos del código respectivo.

**Sr. Balaguer**—Perfectamente.

**Sr. Dávila**—Pido la palabra.

Me encuentro en la situación del señor diputado por San Juan que deja la palabra, obligado á observar el detalle del proyecto, no obstante encontrarse abiertamente en contra de la materia en general.

Yo comprendo, señor presidente, la lotería municipal; pero la lotería federal, no me la explico ni la concibo, ni como asunto digno de la Nación Argentina.

Si fuese una lotería sobre cotización de títulos de crédito, recurso de que se han valido otras naciones, y aún la nuestra, por razones de orden fundamental, de carácter económico, todavía. Pero una lotería para buscar recursos con que sostener hospicios en todos los puntos de la República, puesta bajo la autoridad de la nación, administrada por el presidente de la República, eso, francamente, no lo concibo.

Créanme los señores diputados, que á mi conciencia de ciudadano argentino, á la noción que tengo de la importancia de mi patria, choca el ver al jefe del estado administrando, dirigiendo, manejando directamente una lotería federal.

Las razones de carácter constitucional han sido expuestas brevemente en los discursos que acabo de oír á los señores diputados que han objetado el proyecto.

No tuve el honor de concurrir á la sesión de ayer.....

**Sr. Almada**—Yo lo siento muchísimo.

**Sr. Dávila**—Muchas gracias.

Al señor diputado por Buenos Aires, señor Varela, le he oído citar dos constituciones de provincias argentinas, no

sé si ha citado más de dos constituciones de los Estados Unidos. Algunos de esos estados han reformado su constitución con posterioridad á las reformas nuestras, y en la constitución de Nueva York, si no estoy equivocado, está también expresamente condenado el juego de la lotería. Hasta fué un programa de los grandes partidos políticos que se debaten en aquel país. Se ha considerado una cuestión fundamental de orden social, económico, que afecta la vida de aquellas colectividades.

Y cuando vemos un movimiento de legislación fundamental en países como el que acabo de citar; cuando se puede encontrar un valioso acopio de doctrina en los principales tratadistas de la Europa; cuando se ve que el movimiento científico, de orden sociológico económico, que el torrente de las ideas civilizadas de estos momentos en que vivimos, van en contra de este juego; yo digo, en presencia de este espectáculo del saber humano, que si en este país se considera necesario, por razones de circunstancias, autorizar este mal social, debe dejársele bajo la autoridad de la comuna; de ninguna manera ponérsele bajo la bandera de la nación, administrado por el presidente de la República. Que sean loterías las municipalidades; pero no el jefe del estado!

La ley que había dictado el congreso se había encaminado perfectamente. Este congreso, solicitado por las sociedades de beneficencia de la capital para el establecimiento de la lotería, que el año 85 se había suprimido, hizo una transacción: aceptó el juego en la capital, pero á condición de que el producido de la lotería fuese distribuido entre los institutos de beneficencia de toda la República. Pero esto no fué sino la aplicación del producto; la institución misma de la lotería fué entregada á la municipalidad de la capital, como dice textualmente la ley...

**Sr. Varela**—Exactamente.

**Sr. Dávila**—Yo no tengo ningún inconveniente en calificar de abusivo el decreto del poder ejecutivo por el cual limitaba á una de las ramas de la municipalidad, como es la intendencia, la administración de la lotería; porque cuando la

ley del congreso disponía que la municipalidad debía tener á su cargo la administración de esta lotería, se refería á la municipalidad íntegra, en sus dos ramas, pues la municipalidad no es la intendencia, no es el concejo deliberante, sino las dos ramas de la institución municipal.

El poder ejecutivo, reglamentando la ley, con violación de un artículo expreso de la constitución, que limita las facultades reglamentarias del poder ejecutivo; reglamentando esa ley, digo, invadió las facultades del congreso, se hizo congreso, se hizo poder legislativo, modificó la ley y dispuso que en lugar de ser la municipalidad quien manejase la lotería, fuese solamente la intendencia.

El poder ejecutivo actual se encontró con el expediente á esta altura y con un verdadero conflicto; y en vez de cortarlo por lo sano, en vez de cortarlo con criterio principista, determinando las funciones que correspondían á la municipalidad en sus dos ramas, ha preferido traer al congreso este proyecto de transacción, según el cual no sea la intendencia ni el concejo deliberante quien tenga la razón: Yo me lo administro, yo poder ejecutivo, yo presidente de la República.

En virtud de estas breves explicaciones de mi voto, lo he de dar en contra de este artículo, y sólo en obsequio á la perfección de la ley, en favor del que ha propuesto el señor diputado por San Juan, como votaré en favor del propuesto por el señor diputado Morel, ó de cualquier otro que conserve el carácter de municipal á esta lotería.—He dicho.

**Sr. Ministro del Interior**—Pido la palabra.

No entraré, señor presidente, á tratar de la constitucionalidad del proyecto, puesto que la sanción del honorable senado, la vigencia de tres años que lleva la ley sin que se haya presentado demanda alguna acusándola de inconstitucional, y, además, la sanción en general prestada por esta honorable cámara, dejándole el carácter de nacional que tiene esta lotería, apartan, á mi juicio, ó quitan dilaciones á la sanción de este buen proyecto presentado por el señor senador Yofre y no por el poder ejecutivo, como se ha dicho.

- Pero no puedo dejar de tomar la pala-

bra para contestar los últimos conceptos con que ha terminado su discurso el señor diputado por La Rioja.

Está trascordado el señor diputado al citar los términos de la ley de que se trata, en la forma que lo ha hecho.

Esa ley dice: «Encárgase á la municipalidad de la capital de jugar ó de extraer una lotería municipal...

**Sr. Almada**—Si me permite el señor ministro, le recordaré los términos precisos de la ley...

**Sr. Ministro del Interior**—Se lo agradeceré mucho.

**Sr. Almada**—La ley dice: «La municipalidad de la capital establecerá la extracción periódica de una lotería»...

**Sr. Ministro del Interior**—*Establecerá la extracción periódica* de una lotería.... Eso me basta.

Cuando se trató de la reglamentación de la ley, que se atribuyó directamente al poder ejecutivo, no se puso limitación alguna. Y en la misma ley municipal ha de encontrarse, creo que en el inciso 6º del artículo 14, la facultad expresa del poder ejecutivo de dar comisiones especiales al intendente municipal.

La prueba de que no se trató de dar un recurso á la municipalidad para que ella lo distribuyera como distribuye sus recursos propios, es que la ley designa terminantemente los objetos á que esos fondos deben ser destinados.

De manera que esta no era una renta municipal; era una renta de la cual la municipalidad debía organizar su extracción, sin tomar intervención en los objetos á que se destinaba, puesto que la reglamentación no se la daba la ley al concejo deliberante sino al poder ejecutivo. Y usando de esa facultad, que la tiene el presidente de la República, de dar comisiones al intendente municipal, fué que se le entregó directamente esos fondos, que no podía desviarlos de ninguna manera de la aplicación determinada por la ley.

Es sabido, señor presidente, á cuantos abusos se prestan estos recursos á los que la ley quiere dar una distribución especial. Cuando entran á la tesorería, ya nacional, ya provincial, ya municipal, se retardan en su entrega al destino á que han sido destinados por la ley.

Las necesidades públicas son muchas, y los dineros públicos son solicitados por ellas á cada momento, y no puede sustraerse autoridad ninguna al hecho de que cuando esos fondos entran á la tesorería sean invertidos fuera de los objetos á que la ley los destina. Esto es para todas las autoridades, sin excluir al mismo gobierno nacional.

Por consiguiente, las medidas que el poder ejecutivo tomara para que de ninguna manera se desvirtuara esta ley, han sido muy buenas y acertadas, á mi juicio, tanto que los resultados se ven.

El hospicio de las Mercedes, que va á ser un ornato para esta capital, que es un modelo, que es una honra para este país, está ya para terminarse. Lo mismo diré del hospicio de niños, en el que se trata de recoger los niños abandonados en las calles, niños que han sido el escándalo más grande que ha presenciado esta ciudad, como lo han referido todos los que han escrito respecto á la vida que ellos llevan, abandonados ó colocados donde quiera, unas veces alojados en los corralones de la policía y otros en sitios que no puedo nombrar en este momento. Ese hospicio va á dar cabida á 400 niños abandonados que pululan por las calles de la ciudad.

Y en honor de la verdad debo manifestar que esto no sólo ha ocurrido en el municipio de esta capital, sino en todos los de las provincias.

Se empezó por los intendentes municipales de las provincias á cambiar el destino de los fondos creados para un objeto determinado, al extremo de que se presentaron en queja las sociedades de beneficencia y las comisiones de los hospitales de aquellas localidades, denunciando que no se invertían los fondos que la ley había creado en los objetos por ella misma determinados; y fué necesario, para evitar esos actos, dictar otras reglamentaciones para que esos fondos tuvieran el destino debido. ¿Por qué? Porque el presidente de la República está obligado á que las leyes que vota el honorable congreso sean fielmente cumplidas y los dineros que él dispone que se inviertan en tal objeto sean aplicados á ese mismo.

No puede decirse tampoco que esta es

una administración encargada al presidente de la República, no.

Es una exageración de parte del señor diputado — permítame que se lo diga — al aseverar semejante cosa.

Muchos de los servicios nacionales, todos ellos, están á cargo del presidente de la República: el es el que expide las resoluciones para el debido cumplimiento de aquéllos; pero no puede afirmarse que él sea el que directamente administre todo cuanto tiene atinencia con su autoridad.

Por lo demás, el origen de la lotería es muy conocido. La supresión de ella en la capital federal y aún en la provincia de Buenos Aires, dió origen á la más grande, tal vez, de las discusiones que han tenido lugar en la legislatura de Buenos Aires en esos tiempos; y aquí mismo se pronunciaron interesantes discursos cuando del caso se trató, y, sin embargo, se advirtió que una de las fuentes de recursos que tenía el estado oriental para sufragar sus necesidades, era la de los dineros que marchaban de Buenos Aires, mes á mes, para comprar billetes de lotería; porque á pesar de las medidas severas que tomaba la policía jamás se consiguió evitar ese tráfico.

Entonces se dijo que esto podría servir á ayudar á algunas sociedades de beneficencia de la capital; pero se advirtió que consintiéndose la venta de billetes de lotería de la República, no era justo ni equitativo que sólo la capital gozara de los beneficios que ella produjera. De ahí, del mismo origen de la lotería, es que ella es una institución hasta cierto punto nacional.

Evidentemente, en principio no es posible sostener que el juego no es algo que debe ser siempre prohibido. Pero cuando él subsistió, á pesar de todo, cuando él sobrevivió á través de los tiempos, por lo menos—como se dijo en los debates á que me he referido—que él sea castigado y sirva de utilidad á la vez, y que pague el 25 ó el 30 % para ayudar á aliviar todas las desgracias que necesariamente hay en una sociedad civilizada.

Ese ha sido, señor presidente, el origen de la lotería, entre nosotros. No ha tenido el carácter de perpetuidad que se quiere dar.

Es muy posible que cuando estos asilos y sociedades de beneficencia hayan desarrollado su acción benéfica en toda la República, el poder ejecutivo mismo venga—y aun puede proponerse el artículo, que tendrá mi apoyo—á decir que desde el 1º de enero de 1900, por ejemplo, quedará suprimida toda lotería.

Pero en estos momentos en que faltan recursos para todo, hasta para lo más urgente, ¿se cree que sea conveniente suprimir estos de los que, en muchas provincias y en la capital misma, no podría prescindirse sin herir grandes é importantes intereses de la colectividad? Yo creo que no, señor presidente.

Por esta razón he de estar por el artículo 1º de la comisión, que es el que se discute.

He dicho.

**Sr. Dávila**—He de insistir, señor presidente, en la interpretación que me permite dar á la ley, en cuanto se refiere al artículo que el señor diputado por Córdoba ha leído hace un momento.

Esa ley autoriza á la municipalidad de la capital para la extracción de una lotería; y, por lo tanto, nadie que no sea la municipalidad de la capital puede presidir esa extracción. Y por municipalidad se entiende la reunión de las dos ramas que la componen: intendencia y concejo deliberante.

La extracción de la lotería autorizada, significa fuente de recursos municipales, porque es natural que no se hace una extracción de lotería para no ganar nada. Por consiguiente, el congreso ha creado una renta municipal.

Las rentas municipales ¿cómo se manejan? De acuerdo con la ley orgánica de la municipalidad, dictada por el congreso.

Por lo tanto, el poder ejecutivo no ha podido, repito, con el derecho de reglamentar la ley, alterar nada en cuanto á las ramas municipales que representan la municipalidad, en cuanto á su jurisdicción para la extracción, ni tampoco ha podido, á título de reglamentarla, determinar la inversión que han de tener los fondos procedentes de la lotería, porque, como digo, son rentas municipales, y las rentas municipales son manejadas por la municipalidad.

Pero el señor ministro ha deslizado algunos conceptos que me obligan á llamar la atención de la cámara sobre ellos.

El señor ministro dice que mediante las previsiones del poder ejecutivo, ahora está en vía de terminarse ya el ensanche del hermoso hospicio de las Mercedes y otros establecimientos públicos de la capital.

De suerte que, á no ser las previsiones del poder ejecutivo, distinto sería el rumbo que habrían tomado esos fondos...

**Varios señores diputados**—Eso no!

**Sr. Ministro del Interior**—¿Me permite el señor diputado?

**Sr. Dávila**—Sí, señor.

**Sr. Ministro del Interior**—No puedo decir eso, cuando estoy diciendo, precisamente, todo lo contrario.

Que la ley es la que ha determinado el objeto. No es el poder ejecutivo.

**Sr. Dávila**—Para fines municipales de beneficencia.

**Sr. Ministro del Interior**—Y para toda la República, respecto de lo cual no puede el concejo deliberante de la capital intervenir.

**Sr. Dávila**—Luego, el congreso dió á la municipalidad de la capital un gobierno local, facultado para que percibiese sus rentas y las aplicase en beneficio del pueblo del municipio, para atender á todos sus servicios locales.

Esa ley, señor presidente, sacaba de la jurisdicción federal, por decirlo así, esta clase de servicios y los daba á un gobierno local, á una institución completa: formado el departamento representativo por el voto de los individuos de la localidad y el ejecutivo nombrado por el Presidente de la República, con acuerdo del senado; un gobierno completo, señor presidente, un organismo armónico que tiene la suma de todos los poderes locales y cuyas funciones no eran otras que proveer al municipio de esas instituciones benéficas á que el señor ministro hacía referencia.

Ahora, si al amparo de esta ley ó con motivo de ella y á título complementario, surge un otro poder ó autoridad local, que es la que con mayor previsión, con mayor acierto, con mayor celo provee á esas necesidades locales, entonces



quiere decir que hay una municipalidad constituida por el pueblo del municipio, y que hay otra autoridad municipal que está llenando sus deficiencias y haciendo lo que la otra no hace.

Entonces, pues, la institución municipal está subvertida actualmente.

Yo creo, señor presidente, que la municipalidad, considerada en sus dos ramas, es y debe ser tan capaz como el poder ejecutivo de proveer á las necesidades locales y de satisfacer los servicios á que el señor ministro hacía referencia.

Así, pues, al amparo de esta ley, digo, señor presidente, que se introduce en el órgano de la comuna de la capital de la República, que debe ser el modelo de las comunas del país entero, esta autoridad no prevista por el sistema, que entra á manejar los intereses municipales.

Es esa una razón más que yo tengo para votar en contra.

**Sr. Varela**—Y en cuanto á las provincias, se deroga el artículo de la constitución que declara que los gobiernos de las provincias son los agentes naturales del poder ejecutivo.

**Sr. Ministro del Interior**—Pido la palabra.

Yo creo que estamos desviando la discusión de su objeto actual. Estamos discutiendo el artículo primero, habiéndose aceptado, por votación de la cámara, la idea en general.

Para probarle al señor diputado que está equivocado, me basta que leamos con detención la ley de que se trata. Leyéndola, se ve que no es el poder ejecutivo el que ha dispuesto de estos fondos, sino que es la ley.

Dice: «La municipalidad establecerá la extracción periódica de una lotería de beneficencia».

¿Qué facultad da la ley aquí? Establece la lotería. ¿Trata de los fondos? En manera alguna.

Ahora, vamos al artículo 2º.

Dice: «Los beneficios líquidos que resulten de la extracción, serán exclusivamente aplicados: un 60 por ciento al sostenimiento de hospitales y asilos públicos de la capital federal».

Quiere decir que, en este caso, la autoridad que dictó la ley municipal, la motiva en este punto, y dice: esta no es

renta municipal; esta es renta que se va á aplicar, según la reglamentación que de el poder ejecutivo, á objetos determinados, que establece la ley.

Si fuera renta municipal, entraría esta disposición en las que componen la legislación que tiene la municipalidad con relación á la inversión de sus rentas en general; pero la prueba de que no se creaba una renta en ese sentido, es que se le dió á ésta un destino especial.

Dice, pues, la ley, que los beneficios líquidos que resulten de la extracción, serán exclusivamente aplicados: un 60 por ciento á los hospitales y asilos públicos de la capital federal. Nada más. Y el 40 por ciento restante será para las provincias, con el mismo objeto y por partes iguales, y será entregado á la municipalidad de las capitales respectivas.

**Sr. Dávila**—Si se sirviese permitirme una interrupción....

**Sr. Ministro del Interior**—Sí, señor.

**Sr. Dávila**—Entiendo que el alcance que tienen esas palabras es este: que en virtud de las disposiciones que acaba de leer de la ley, el poder ejecutivo determina los objetos á que han de aplicarse; de tal suerte que no son rentas municipales ordinarias.

**Sr. Ministro del Interior**—Sí, señor.

**Sr. Dávila**—Está bien en la capital de la República, por ser el presidente de la República el gobernador local de la misma; pero yo le pregunto al señor ministro si se considera facultado el poder ejecutivo para hacer en las provincias lo que hace en la capital, para determinar los objetos á que han de aplicarse esos fondos. Si en las provincias el ministro del interior, como ministro de gobierno que maneja directamente estos asuntos, puede decir: en la provincia de Córdoba, por ejemplo, se aplicarán estos fondos al asilo tal, á la escuela tal ó al hospicio cual; determinar de una manera precisa en cada localidad los objetos á que deben aplicarse estos recursos.

**Sr. Ministro del Interior**—Voy á contestar al señor diputado.

No puede hacerlo, por cuanto lo ha hecho ya la ley. Es el congreso de la nación quien ha dicho: se aplicarán estos fondos al sostenimiento de asilos ú hospitales...

**Sr. Dávila**—Pero....

**Sr. Ministro del Interior**—¿Me permite el señor diputado? Voy á aclarar mi pensamiento.

Supone ahora el señor diputado que el poder ejecutivo ha de observar á las municipalidades de algunas provincias que no dieran aplicación á esta ley....

¿Esto es lo que desea saber?...

**Sr. Dávila**—No, señor; es la determinación precisa de los objetos á que se van aplicar estos fondos.

**Sr. Ministro del Interior** -- Pero eso lo dice la ley: para asilos y hospitales.

**Sr. Dávila**—Pero si me permite el señor ministro....

Señor! Determina que han de ser para objetos de beneficencia; de tal suerte que no han de ser para caminos ni para barridos de calles!

**Sr. Ministro del Interior**—Es evidente.

**Sr. Dávila**—Han de ser para beneficencia....

Pero el señor ministro no me ha de negar que la determinación de la ley no perjudica al derecho y el deber que tienen las municipalidades de cada localidad para manejar estos fondos, hacer los ingresar á su tesoro y manejarlos de acuerdo con su mecanismo de administración.

De manera que sea cual sea la procedencia de estos fondos, ellos han de ser manejados por las autoridades locales, dentro de su sistema propio.

Lo único que dice la ley es esto: se han de aplicar los fondos á fines de beneficencia; pero las municipalidades los pueden aplicar libremente á un hospicio ó á un asilo de menores, de acuerdo con el mecanismo de su administración local.

**Sr. Ministro del Interior**—Es entendido.

**Sr. Dávila**—Por esta razón, entonces, yo le decía al señor ministro que cuando la ley faculta á la municipalidad de Buenos Aires para la extracción de una lotería, le crea un fondo de beneficencia que maneja el intendente con autorización del concejo, como es natural.

**Sr. Ministro del Interior**—A ese respecto me va á permitir el señor diputado que le haga una observación.

En ese caso, si la municipalidad adoptara alguna resolución respecto de esos fondos que vetase la intendencia, y luego la municipalidad insistiese en esa resolución no obstante el veto, la intendencia no podría absolutamente cambiar la ordenanza municipal; pero, entonces, si la municipalidad hubiese adoptado una resolución contraria á la ley misma, no podría el intendente cumplirla, y habría un conflicto entre lo que manda la una y lo que la sanción municipal dispone.

De esto se deduce que se ha querido prescindir de esta autoridad para dar directamente á los fondos una aplicación determinada.

Y tan es así, señor presidente, que habiéndose dado á estos fondos por diversas municipalidades un destino distinto al que marca la ley, el poder ejecutivo se vió en la necesidad de dictar un decreto del que tengo aquí copia. Es decir: el poder ejecutivo no podía, en la reglamentación de la ley, disponer que con los fondos se procediera de esta ó de aquella manera; pero el poder ejecutivo ó el presidente de la República, más bien dicho, que tiene la superintendencia de todas estas cosas, que el que puede disponer y reglamentar la inversión de los fondos cuando es autorizado por el congreso para disponer de ellos, se dijo entonces: es cierto que no puedo disponer que se sostenga tal asilo ó tal hospital; pero puedo evitar que suceda lo que ha sucedido en varias provincias, de que un solo establecimiento consuma la totalidad de la renta que corresponde á la provincia. En consecuencia dispuso lo siguiente: «No se entregará una segunda cuota, mientras no se haya dado cuenta de la primera». Por este medio tenía conocimiento el gobierno de los objetos en que se invertían esos fondos. Y de esta manera se ha conseguido la gran ventaja de regularizar la distribución de fondos en toda la República.

Que la municipalidad, en este caso, no podría reglamentar ni disponer libremente de estos fondos, lo tiene establecido el señor diputado, no sólo en el artículo 2º, que ya he leído, sino que, como son fondos que se entregan por el gobierno nacional, corresponde á éste re-

glamentar su aplicación. Si estos fondos entraran al tesoro común de la municipalidad caerían bajo su reglamentación, y sin embargo en el artículo 7º de la ley se establece que el poder ejecutivo reglamentará la presente ley. ¿Qué quiere decir esto? Que no se trata de fondos municipales sino de fondos nacionales distribuidos en toda la República,

**Varios señores diputados**—Muy bien!

**Sr. Ministro del Interior**—Ahora ¿cómo los distribuye el poder ejecutivo? Aplicando la misma ley municipal, que siento no tener á mano. Esta, entre las atribuciones y deberes del intendente municipal, dice: que acepta todas las comisiones que el poder ejecutivo de la nación le da. Y el poder ejecutivo le da comisión de distribuir estos fondos, que han sido bien distribuidos y está dando los mejores resultados en su aplicación.

**Sr. Gómez (F. M.)**—Pido la palabra.

Yo voy á decir solamente dos palabras, porque se han pronunciado ya muchos discursos y yo no soy capaz de pronunciar ninguno; pero me parece que habiendo presenciado la discusión de la ley que estableció la lotería el año 1893, puedo dar al señor diputado por La Rioja el concepto auténtico, diré así, que esa ley tuvo.

Cuando ayer me opuse á la moción de aplazamiento del señor diputado doctor Morel, dije, entre las razones que hice valer en contra de ese aplazamiento, que la ley de 1893, dada con el objeto de proteger la beneficencia pública en la nación, había sido completamente alterada y tenía una aplicación completamente arbitraria por parte de las municipalidades y de los mismos gobiernos en algunas provincias. Con ese motivo, me tocó repetir las palabras pronunciadas en este recinto al discutirse la ley, y puse de manifiesto que tanto el informe de la comisión, como los señores diputados que hablaron contribuyendo á su sanción, dejaron establecido que la ley, en primer término, era nacional, y en segundo término, que su objeto no era proveer de medios á las municipalidades, sino á las sociedades de beneficencia.

Y más, cuando se discutió la ley, se preguntó por alguno de los señores di-

putados cuál sería la autoridad que en las provincias pudiera aplicarla con mayor eficacia y con mayores facilidades para la distribución de los fondos en cada localidad; y entonces se dijo que parecía muy natural fuera la municipalidad, que es la que está en relación más directa, por su instituto, con estas sociedades particulares, que ocurrían á nosotros solicitando estos fondos para llenar sus fines. Quedó, pues, establecido en la ley que fuese la municipalidad de la capital de la República y las municipalidades de cada una de las provincias las que habían de recibir estos fondos para distribuirlos, nada más, conforme á los términos de la ley, es decir, para objetos de beneficencia.

Recordé también ayer la historia de esta ley de lotería, y dije que había sido dictada para que el congreso se evitara colocar anualmente entre las partidas del presupuesto gruesas sumas destinadas especialmente á una ó varias sociedades de provincia determinada con perjuicio de otras de sociedades de beneficencia de la misma ó de otras provincias.

Efectivamente, el congreso había acordado jugar loterías especiales á algunas de las sociedades de beneficencia que funcionan en esta capital; y con ese motivo habían acudido muchas otras sociedades de las provincias con el objeto de conseguir igual autorización.

Amenazado por una avalancha semejante, el congreso creyó que debía transar con todas las pretensiones que á este respecto se presentaran, y dió entonces esta ley, que no es una ley de lotería nacional, como se ha estado queriendo decir para darle una trascendencia que no tiene á este acto del congreso, que es sencillamente una autorización para jugar una lotería con fines de caridad y beneficencia nacional, á fin de que los fondos procedentes de ella se distribuyeran de una manera equitativa entre todas las asociaciones populares que tienen institutos de caridad y de beneficencia á su cargo.

No es, pues, una ley de lotería con fines económicos y que pueda tener efectos perniciosos en lo social y en los otros órdenes relacionados con la moral, á que algunos señores diputados se han

referido en el curso de sus exposiciones; es sencillamente, repito, una autorización para jugar una lotería...

**Sr. Balaguer**—Pero, ¿a quién se autoriza?

**Sr. Gómez (F. M.)**—...pero no una lotería nacional en el sentido de establecerla como una institución de la República...

**Sr. Balaguer**—Lo dice la ley.

**Sr. Gómez (F. M.)**—...como una institución de carácter nacional, permanente; de ninguna manera. Es sencillamente una autorización accidental y de ocasión.—pues sin ella no se habría podido establecer...

**Sr. Balaguer**—¿A quién?

**Sr. Gómez (F. M.)**—El congreso ha dado esta autorización especial, he dicho antes, á sociedades que han ocurrido ante él; pero, transando con todas las exigencias de las indicadas sociedades, el congreso autorizó la extracción de una lotería, y esta extracción la encomendó á la municipalidad de la capital; es decir que, para el congreso, la municipalidad de la capital no era tal municipalidad en esta función, sino una corporación cualquiera, como la que organiza el proyecto que está á la orden del día: que en vez de ser la municipalidad sea una corporación de ciudadanos.

**Sr. Ministro del Interior**—¿Me permite el señor diputado?

Es para hacerle un recuerdo.

Uno de los señores senadores por Jujuy quiso poner esta lotería bajo la jurisdicción...

**Sr. Mantilla**—En esta cámara no se sabe nada de lo que pasa en el senado.

**Sr. Ministro del Interior**—Sí, señor; pero lo traigo como un antecedente porque ha sido publicado oficialmente y no es una discusión pendiente.

**Sr. Mantilla**—Recordaba una ficción parlamentaria.

**Sr. Ministro del Interior**—El señor senador á que me refiero, dijo que se pusiera esta lotería bajo la dependencia y la jurisdicción de la sociedad de beneficencia. Y se discutió como una de las cosas posibles, como una de las ideas corrientes, que podía perfectamente encomendarse esta tarea á dichas sociedades.

**Sr. Gómez (F. M.)**—Creo que hubiera sido perfectamente bien hecho.

Pienso que todos los institutos de beneficencia—hospitales y demás establecimientos—debieran estar á cargo, no de las municipalidades, ni en esta capital ni en las provincias, sino de las sociedades populares, de señoras, que cada localidad tiene; y, en este caso, el producto de esta lotería sería exclusivamente manejado por ellas.

Yo quería decir al señor diputado por La Rioja esto: que las municipalidades, tanto de la capital como de la provincias, no pueden administrar estos fondos como fondos propios, porque no son sus rentas; son fondos procedentes de una ley especial dictada por el congreso para fines determinados; y en este caso estas corporaciones no hacen otro papel que el de distribuidores de los fondos.

**Sr. Dávila**—Con criterio propio, para fines de beneficencia.

**Sr. Gómez (F. M.)**—Con criterio propio respecto á los establecimientos sometidos á su jurisdicción ó atención...

**Sr. Dávila**—A los relativos á beneficencia.

**Sr. Gómez (F. M.)**—...pero de ninguna manera con respecto á los institutos que estuviesen bajo el patrocinio de las sociedades particulares.

Y, sin embargo, ha estado sucediendo esto: ha habido gobierno de provincia que se ha apropiado de estos fondos; y ha habido municipalidades, en las provincias, que se han apropiado también esos fondos; y si alguna de ellas los ha distribuido, ha sido con su criterio especial, sin consultar las necesidades y exigencias de cada una de las sociedades particulares.

**Sr. Dávila**—Faltaron a sus deberes.

**Sr. Gómez (F. M.)**—Perfectamente. Pero ¿por qué faltaron á sus deberes? Porque interpretaban esta ley en un sentido que no es posible interpretarla, desautorizándola, porque estos fondos no forman parte de las rentas de esas municipalidades...

**Sr. Dávila**—Porque le hacía falta plata para otras cosas.

**Sr. Gómez (F. M.)**—..... lo ha dicho el señor diputado, ó por cualquier raciocinio que puede hacerse respecto de este asunto, y porque en la discusión que tuvo lugar al sancionarse esta ley en el

congreso, se estableció terminantemente que las municipalidades no eran sino agentes de distribución, de ninguna manera dueñas de esta renta.

Yo mismo, señor presidente, tuve el honor de redactar algunas de las quejas de sociedades de beneficencia de mi provincia, para hacer llegar á conocimiento del presidente de la República—que no era el actual—la manera arbitraria cómo se hacía la distribución de estos fondos; porque, creyendo las municipalidades que eran fondos propios, los administraban á su antojo. Se reservaban la parte del león, dado la parte más insignificante á las sociedades de beneficencia; y, sin embargo, había sociedades en la provincia que construían hospitales, grandes hospicios, asilos para huérfanos y mendigos, que pueden honrar á cualquier sociedad culta. Y esas sociedades no recibían sino las migajas de esta renta.

**Sr. Varela**—¿De manera que para el señor diputado una municipalidad no representa á la comunidad en cada localidad, sino que representa más una sociedad privada?

**Sr. Gómez (F. M.)**—Eso sería una cuestión teórica sobre la que me obligaría el señor diputado á contestarle de acuerdo; pero no es esa la cuestión que está en tela de juicio.

He terminado.

**Sr. Mantilla**—Pido la palabra.

Los argumentos del señor diputado por San Juan no han sido levantados. Ninguno de los señores diputados, ni el señor ministro, han tocado la cuestión como aquél la ha planteado en la única forma pertinente.

El artículo primero crea una lotería de beneficencia nacional; por el segundo y por el conjunto de la ley se hace empresario de ella al poder ejecutivo de la República.

Esta es la oportunidad de exponer todas las razones legales, constitucionales y de moralidad que influyen para decidir el voto en la cuestión; porque el artículo discutido afecta todas esas razones, y debemos dar sobre él nuestro voto. Digo esto, refiriéndome á lo que el señor diputado miembro informante expuso: es fuera de lugar! Si fuese inopor-

tuno, no discutiríamos el artículo, ni seríamos llamados por la presidencia á votar sobre él...

**Sr. Demaría**—Rogaría al señor diputado hablara un poco más fuerte, para tener el gusto de oírle.

**Sr. Mantilla**—Yo he deplorado mucho señor presidente, que el señor ministro del interior de mi patria venga á hacernos, de una manera indirecta, el panegírico de la complicidad en los actos inmorales, presentándonos, como prueba evidente de la tolerabilidad de la lotería, el edificio A. B, ó C, erigido en esta capital ó próximo á levantarse en las provincias.

No comprendo cómo, en teoría, pueda rechazarse la lotería, pueda condenarse el vicio, y, sin embargo, sea disculpable aceptar las consecuencias de su autorización.

¿Está tan deprimido el sistema rentístico de la República que tengamos necesidad de ser co-partícipes de los inmoraes que pervierten el sentimiento público? ¿Estamos en condiciones de hacer lo que el príncipe de Mónaco, que tiene Monte Carlo?

Digo que no; y que aún en el caso de estar en situación desesperante, todas las telas de la República serían insuficientes para taparnos la cara, á fin de ocultar nuestra vergüenza por recurrir al vicio consentido!

No es posible, señor, que el presidente de la República, el jefe del estado, el poder ejecutivo de la Nación Argentina, sea empresario de loterías. Eso deprime el carácter de nuestras instituciones; eso no entra en la índole de la moralidad pública; eso no debe aportar recurso aceptable al poder federal.

**Sr. Gómez (F. M.)**—Fero no son recursos para el poder federal, señor diputado. No entran al tesoro de la nación esos recursos.

**Sr. Mantilla**—Deben ser recursos del poder federal cuando el señor ministro nos ha hecho la apología de las medidas tomadas por el poder federal para repartir esos dineros.

**Sr. Gómez (F. M.)**—Son medidas para la aplicación de la ley.

**Sr. Mantilla**—El congreso no le ha dado semejante facultad, no podía dár-

sela, porque el poder ejecutivo no puede ser lotero, como ha dicho bien el señor diputado por La Rioja.

**Sr. Avellaneda**—Ahí está la ley.

**Sr. Mantilla**—No está la ley.

**Sr. Avellaneda**—Y en los mismos billetes se dice «Lotería nacional de beneficencia autorizada por la ley tal.»

**Sr. Balaguer**—Pero la ley dice que se establece una lotería municipal.

**Sr. Mantilla**—Debe ser un recurso del punto de vista de los señores que sostienen esta institución cuando, repito, el poder ejecutivo administrará su producido; pero no es un recurso establecido en la constitución, no es un recurso autorizado por nuestro sistema financiero; es una complicidad con el vicio.

Y bien: la ley orgánica municipal estableció en un principio la posibilidad de echar mano de la lotería; fué derogada; pero después cayose de nuevo en ella. El honorable congreso no quería volver á la reacción del sentido moral que ahuyentó las loterías.

En esta situación, lo menos que puedo pedir, ya que es imposible conseguir el rechazo, es que no erijamos al poder ejecutivo de la República en administrador y empresario de loterías.

Ha dicho perfectamente el señor diputado por San Juan: la caridad no es del resorte del poder ejecutivo nacional; es incumbencia de las comunas, como institución pública; es á ellas á quienes genuinamente pertenece.

Todo lo que se ha dicho por el señor diputado en el sentido de la...busco una palabra suave y no se me ocurre, porque esto es demasiado malo...de la inconveniencia de hacer empresario de lotería al poder ejecutivo de la República, es de mucha verdad y oportunidad.

Pero hay otra faz de la cuestión no menos inconveniente.

En este país priman tres grandes vicios: la empleomanía—todo el mundo quiere vivir de los empleos; la manía de los pingües negocios con el estado—todo el mundo quiere enriquecerse por medio de contratos con el gobierno; y el juego.

**Sr. García (L.)**—Hay otra: la revolución,

**Sr. Mantilla**—Esa otra manía ha hecho que el señor diputado, el que habla y todos los presentes tengamos asiento en este recinto y podamos legislar libremente. Es en nombre de la revolución que surgieron todos los pueblos del Río de la Plata y nacieron todas las repúblicas de Sud-América; es en nombre de la revolución que los grandes principios de la época moderna hacen marchar en progreso á la humanidad!

Se juega á todo.

Tan alarmante es el desarrollo del juego, que el poder ejecutivo ha creído conveniente enviar al honorable senado un proyecto de ley, publicado en los periódicos, con medidas rigurosas para combatirlo y dominarlo.

Pero, además de estos vicios que corroen el organismo social, hay otros que están empañando de una manera seria el organismo institucional de la República, y son las diversas maneras de suplantarlo con el unitarismo el régimen federal.

Tenemos, así, la ley de impuestos internos, que concentra en manos del poder ejecutivo de la nación recursos que debieran corresponder á las provincias y establece sobre éstas, ramas enormes de administradores, que pueden alguna vez llegar á ser un peligro para la libertad; tenemos la ley últimamente sancionada por el congreso sobre milicias; tenemos los subsidios á instrucción primaria, los colegios nacionales, las obras públicas, ciertas manifestaciones de higienización de las ciudades, que establecen compromisos entre las provincias, atendidas por el gobierno de la nación, y éste; y ahora tendremos el unitarismo de la lotería con objetos de beneficencia. La distribución de los dineros que dé el vicio será hecha por delegados ó por agentes del poder central en el interior de las provincias.

Por consiguiente, tanto en la realidad que hace del poder ejecutivo de la nación un empresario de lotería, cuanto por los inconvenientes prácticos de este nuevo poder central, yo adheriré al proyecto del señor diputado por San Juan, porque no me es posible ya, dada la altura de la discusión, votar en contra de la ley de lotería.

**Sr. Almada**—Pido la palabra.

Yo no deseo alargar este debate, y no diría una sola palabra más si no fuese que el señor diputado por Corrientes ha hecho una alusión á mí, como miembro informante de la comisión, diciendo que no estaban en manera alguna contestadas las observaciones hechas por el señor diputado por San Juan.

Lo insinué antes y tendré que repetir lo ahora: la discusión está fresca desde la sesión anterior, siendo por esta circunstancia que no quería entretenerme en explicaciones sobre el particular.

Ya, pues, que debo hacerlo, procuraré ser lo más sucinto posible para contestar las opiniones por él manifestadas, que tengo condensadas en cuatro puntos (le ruego al señor diputado se sirva insinuarme si he copiado fielmente):

1º Dentro del cúmulo de sus argumentos, decía él: Que el juego de la lotería era inmoral; que es una complicidad con el vicio la que comecemos todos los que la autorizamos ó los que en cualquier forma han hecho su defensa;

2º Que este juego debe ser municipal. Es decir, que la ley debiera simplemente autorizar á la municipalidad para que ella haga una lotería de este carácter.

3º Que, por el proyecto, se hace al presidente de la República empresario de loterías.

**Sr. Mantilla**—¿Quiere permitirme el señor diputado, ya que me ha autorizado?...

Lo relativo á la inmoralidad, fue un antecedente recordado, sin penetrar en él, para observar una afirmación del señor ministro; lo de la municipalidad, fué en el concepto de que la ley había sido votada, y no había ya remedio. Y en cuanto á lo último, no me referí al presidente de la República, sino al poder ejecutivo nacional, al cual está confiado el cumplimiento de esta ley, diciendo que, por el concepto de ella, era el empresario de esta lotería.

**Sr. Almada**—Entonces, como quedan explicadas las palabras del señor diputado de una manera satisfactoria, creo que no debo decir nada más.

**Sr. Ruiz**—Hago moción para que se cierre el debate.

**Sr. Presidente**—Se votará el artículo 1º.

**Sr. Balaguer**—Sírvase leer el artículo propuesto por mí, señor secretario.

—Se lee:

«Artículo 1º Restablécese la vigencia del inciso 8º del artículo 44 de la ley orgánica de la municipalidad, derogada por ley de 16 de octubre de 1890.»

«Inciso 8º del artículo 44: Crear una lotería pública municipal, cuyos beneficios se destinarán exclusivamente á subvenciones para las sociedades de beneficencia, asilos y demás establecimientos de esta clase existentes ó que se funden en adelante. La lotería será administrada por una comisión de ciudadanos nombrados por el departamento ejecutivo, de acuerdo con el concejo deliberante.»

**Sr. Berduc**—¿De manera que el señor diputado propone un proyecto en sustitución de todo esto?

**Sr. Balaguer**—No, señor, del artículo 1º.

**Sr. Berduc**—¿Y los demás artículos á qué quedarían reducidos?

**Sr. Presidente**—Está cerrado el debate.

**Sr. Berduc**—Pero puedo preguntar para votar.

**Sr. Presidente**—Se votará el despacho de la comisión; si se rechaza, vendrán los artículos que se propongan.

—Se vota el artículo 1º de la comisión, y se aprueba por 29 votos contra 18.

—A pedido del señor diputado del Valle, se rectifica la votación, resultando aprobado el artículo por 28 votos contra 19.

—Se aprueba el artículo 2º.

—En discusión el artículo 3º.

**Sr. Ministro del Interior**—Pido la palabra.

Creo que la redacción quedaría más clara en la forma que voy á dictarla. Después de la palabra «incompatible» agregar «para el desempeño de la presidencia con todo empleo rentado».

**Sr. Secretario Ovando**—Dice así, señor ministro, el artículo modificado por la comisión.

**Sr. Ministro del Interior**—Entonces, lo que falta en ese artículo es la puntuación. Después de la palabra «gratuito», punto y coma; y después de «incompatible», coma; de lo contrario se puede pres-

**Sr. Almada**—Está muy claro como está. El presidente, solo, no puede tener otro empleo rentado; los demás pueden tenerlo, como lo he dicho ya en el informe, porque desempeñan un cargo gratuito.

**Sr. Presidente**—Si no se hace observación alguna quedará aprobado en la forma propuesta por la comisión, con la puntuación indicada por el señor ministro.

—Asentimiento.

—Se aprueban los artículos 4º, 5º y 6º.

—En discusión el artículo 7º.

**Sr. Quesada**—Pido la palabra.

Me voy á permitir indicar una agregación en el inciso séptimo.

Después de «40 % por partes iguales para el mismo objeto en las provincias», propongo agregar: «el que será distribuido proporcionalmente entre los establecimientos análogos existentes en la capital y en los departamentos de las mismas».

**Sr. Rodríguez Jurado**—Es lo mismo.

**Sr. Quesada**—Es bueno que quede la aclaración, porque lo que abunda no daña. En la provincia de Entre Ríos hay hospitales en todos los centros de población, y deben repartirse los beneficios entre todos.

**Sr. Varela**—Pido la palabra.

No he notado que se haya hecho la moción de costumbre para que todo artículo no observado se dé por aprobado, y entonces, voy á permitirme observar un artículo que ya se ha leído.

**Sr. Presidente**—Ha existido la moción, y por ella se han dado por aprobados los artículos anteriores. De otra manera no se hubiera hecho.

**Sr. Varela**—Sin embargo, es muy fundamental lo que voy á decir; creo que debe tomarse en cuenta.

«La comisión», dice el artículo 5º del proyecto, «fijará anualmente, con aprobación del poder ejecutivo, la cantidad destinada á ese objeto, distribuyéndola en la forma que considere más conveniente.»

Señor presidente: este artículo puede dar lugar á algo que yo no podría calificar.

En parte alguna del mundo se juega á la lotería en la cantidad como ya se está jugando en Buenos Aires. Si no estoy equivocado, en los dieciocho ó diecinueve meses que van corridos, ya se ha jugado de 35 á 40.000.000 de pesos. Se juegan cinco ó seis loterías por mes.

La cámara, al iniciar estos permisos, procedió con cautela cuando limitó la suma, diciendo: se jugará hasta tal cantidad.

Y entonces, yo, que no quiero abusar de la cámara, porque me parece que á la larga ha de convencerse de que es un gran error, un grandísimo error, el que permite distraer esta masa de millones del bolsillo del obrero, del pobre, le pido, por lo menos, que establezca un máximo dentro del cual se pueda jugar loterías.

Actualmente, repito, se obtiene una utilidad de dos y medio á tres millones de pesos por año,—nótele la cámara,—porque los gastos absorben otro tanto, más ó menos.

De modo que esto que se ha llamado contribución voluntaria, resulta ser, de todas las contribuciones conocidas, la más cara como percepción, puesto que se invierte en percibirla más de un cincuenta por ciento.

Entonces, yo propondría que se pusiera aquí, en lugar de «la comisión determinará, etc.», esto: «Anualmente no podrán jugarse más de cinco millones de pesos, distribuyéndose, etc.» Para que no se puedan jugar loterías por más de cinco millones de pesos al año.

**Sr. Martínez**—Para qué alcanza entonces!

**Sr. Varela**—Qué frase tan típica.

**Sr. Martínez**—Mejor hubiera sido no habernos ocupado de este proyecto.

**Sr. García (L.)**—No está votado ya eso?

**Sr. Presidente**—Sí, señor; espero que termine el señor diputado para indicar el procedimiento.

**Sr. Varela**—Estamos acostumbrados á manejar tantos millones, que no nos damos cuenta de lo que importa la cantidad de cinco millones.

Cinco millones de pesos, bien administrados, representan siete ú ochocientos mil pesos por año. ¿O es una bicoca para el señor diputado?



Octubre 4 de 1895.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2ª Sesión de prórroga.

**Sr. Martínez**--No alcanzarían tampoco. ¿Y los gastos de administración?

**Sr. Varela** — Se van á hacer nuevos edificios para que la República pueda poner al frente de cada uno de ellos aquella frase típica: «Este hospital lo hizo un señor don Juan de Robres, pero primero hizo los pobres.» Es claro. Si arruinamos á la nación para hacer suntuosas moradas para encerrar locos que la misma lotería enloquece, puede ser que sea poco!

Así es, señor presidente, que yo pido que la cámara vuelva á su criterio primitivo: votó primero un millón de pesos; vino otra sociedad, y se le concedió otro millón para tal otro asilo, y así sucesivamente.

Bien, señor presidente, limitemos esto. Así como se llegó á los 24.000.000 de pesos, mañana, siguiendo el criterio del señor diputado, que se debe ganar todo lo que se pueda...

**Sr. Martínez**—Yo no he dicho semejante cosa.

**Sr. Varela**—Yo lo deduzco de la pregunta del señor diputado.

**Sr. Martínez**—Calcule los gastos de administración.

**Sr. García (L.)**—Lo que el señor diputado propone importa una reconsideración.

**Sr. Varela**—¿Una reconsideración, señor diputado?

**Sr. García (L.)**—Sí, señor, está votado.

**Sr. Varela**—¿Y cuando se ha votado?

**Sr. Quesada**—Estamos discutiendo el artículo 7.

**Sr. Varela**—No digo nada más entonces; sello mis labios.

**Sr. Quesada** — Había propuesto una agregación al artículo 7º, señor presidente: «...el que será distribuido proporcionalmente entre los establecimientos análogos existentes en la capital y en los departamentos de las mismas».

**Sr. Almada**—Pido la palabra.

Quiero explicar al señor diputado por Entre Ríos que no me parece necesario el agregado que propone, porque encontrará satisfechos sus deseos con las palabras que voy á decir, y que fundan la modificación introducida por la comisión al artículo 8º.

Inmediatamente que este proyecto fué sancionado por el honorable senado y que la comisión de hacienda de esta cá-

mara se abocó su conocimiento, llamamos al diputado por Entre Ríos, señor Berduc, que había manifestado deseos de acompañarnos en el despacho de este asunto, precisamente porque deseaba también proveer á la satisfacción de las necesidades de los distintos establecimientos de caridad que existen en otros puntos de la provincia de Entre Ríos, fuera de la capital. Parece que allí el intendente municipal que distribuía los fondos daba mayor preferencia á los establecimientos de la capital que á los del resto de la provincia.

Entonces, pues, de acuerdo con ese deseo, que la comisión acogió con simpatía, se establecieron modificaciones en el artículo 8º, en cuyo artículo se dice, en vez de que los fondos se entreguen á los intendentes municipales para que ellos los repartan, que estos fondos se entregarán, en las provincias, á una comisión compuesta del intendente municipal, del juez federal y del presidente del superior tribunal de justicia; tres personas que harán la distribución en toda la provincia, de acuerdo con las necesidades de los establecimientos de beneficencia.

Dije también antes, y repito ahora para no volver á hablar sobre el particular que después de expedido el despacho había venido la nota del poder ejecutivo en que proponía que esa comisión se compusiese siempre de tres personas, es decir, del intendente municipal y de dos vocales que el poder ejecutivo nombraría. La cámara resolverá lo que le parezca prudente, pero creo que una comisión ha de distribuir equitativamente los fondos.

**Sr. Quesada**—Eso cree el señor diputado; pero yo creo que es más conveniente que conste en la ley.

**Sr. Presidente**—Por el momento de lo que se trata es de la adición propuesta por el señor diputado por Entre Ríos al artículo 7º.

—Se vota y es rechazada.

**Sr. Quesada**—Que se rectifique la votación.

—Se rectifica y resulta afirmativa, da 29 votos.

—En discusión el artículo 8º,

**Sr. Ministro del Interior**—Pido la palabra.

Algunas personas me han indicado que suplicara á la comisión que acepte sustituir al presidente del superior tribunal de justicia con el vicario capitular, empleado nacional que ejerce altas funciones...

**Sr. Almada**—Por mi parte acepto.

**Sr. Ministro del Interior**—Es un empleado nacional de jerarquía, que está en contacto con estas sociedades de beneficencia

**Sr. Rodríguez Jurado**—Será vicario foráneo, no puede ser capitular.

**Sr. Ministro del Interior**—Sí, señor.

**Sr. Claros**—Que se vote el artículo tal cual lo ha despachado la comisión.

**Sr. Barroetaveña**—¿Aceptarán los vicarios esta comisión?

**Sr. Torino**—Como no, si se trata de fondos!

**Sr. Presidente**—Se votará, primero, como lo proponía la comisión.

**Sr. Almada**—Permítame; la comisión acepta.

**Sr. Presidente**—La comisión no puede aceptar nada.

El señor diputado sabe que todo despacho de comisión pertenece á la cámara y que basta que un solo diputado pida que se vote, para que así se haga.

**Sr. Almada**—Sí, señor presidente; pero no había oído que se hubiera pedido que se votara. Yo mismo iba á cometer el error de ponerme de pie aceptando el despacho primitivo, cuando he aceptado con sumo placer la indicación del señor ministro.

—Se vota el despacho primitivo de la comisión, y es aprobado por 24 votos contra 20.

—En discusión el artículo 9°.

**Sr. Varela**—Pido la palabra.

Yo hice una observación al discutirse el artículo primero, ó, más bien dicho, una aclaración, que ahora me parece que es conveniente repetir: ¿Esta ley es excluyente de facultades iguales en los gobiernos de provincia?

Este artículo que establece aduanas prohibidas por la constitución para la introducción de billetes de loterías ar-

gentinas, ¿qué fundamento tiene dentro de la constitución federal?

Porque si los señores diputados, miembros de la comisión, hubieran mantenido el proyecto de hacer municipal la lotería, sería atribución municipal la de decir: puede venderse este artículo ó no puede venderse.

Pero en una ley nacional ¿cuál es el fundamento para prescribir que un objeto de comercio, como es el billete de lotería, no pueda introducirse en cualquier parte de la República, cuando la ley no lo ha prohibido?

Yo pido al señor ministro ó á la comisión quiera decirme cómo se entiende este artículo de la ley. ¿Es excluyente ó no?

Y es tan pertinente esta pregunta, que voy á dar á la cámara un dato, por si no lo tiene.

Si algo ha creado las loterías clandestinas, es precisamente la lotería nacional. Esto que se pretende que se perseguirá es lo que se ha creado con la lotería nacional; y la explicación es sencilla.

Lo único que hace solicitar los billetes de lotería es la garantía de cómo se juega la lotería.

Todo el mundo tiene la convicción de que la lotería nacional se juega bien, y, entonces, las clandestinas han adoptado este temperamento: jugarlas por el extracto de la capital.

Eso es lo que ha multiplicado las loterías y lo que, á pesar de lo que dicen algunos señores diputados, va á dar lugar á que en cada provincia que quiera establecerse, así se haga.

A mí se me ha dicho que hay una provincia argentina que tiene una oferta de 180.000 pesos, en vez de los 60.000 que recibe de esta lotería, para que se le permita jugar una allí, con esta garantía: con la de que se jugará por el extracto de la capital. Y se explica, señor presidente: no se jugará sino en la capital, y lo que se hará allí es nada más que imprimir los billetes.

Con motivo de la actitud que he asumido en esta discusión, se me han acercado muchas personas, que yo no conocía, diciéndome que estas loterías clandestinas se venden así: El extracto de

Octubre 4 de 1895.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2ª Sesión de prórroga.

la capital aparece, por ejemplo, el 4 de octubre, y la lotería clandestina se juega por el extracto de la capital la víspera. Se va á cobrar un premio de la lotería nacional, cinco pesos, cuatro pesos, y las agencias no lo pagan; pero le dicen al portador del billete: «Vea, cómpreme un billete de esta lotería que se juega por el extracto de la lotería nacional, y se lo pagaré.»

He ahí el secreto de la venta de los billetes de las loterías clandestinas: es el extracto de la lotería nacional.

Y, entonces, me pregunto, señor presidente: ¿lo establecido por este artículo importa prohibir el juego de la lotería? ¿Importa derogar la facultad que creen que tienen las provincias de autorizar loterías?

Porque no puede ser de otro modo. Si es una ley nacional no hay dualidad. Si es permitido vender billetes de lotería en la capital, es permitido venderlos en Santa Fe; y si es permitido en Santa Fe, es permitido en todas partes. Esto no admite división.

Las leyes son generales. Una de las prescripciones establecidas por la constitución es que deben ser generales é imperar en todo el territorio de la República. Todos los habitantes son iguales ante la ley.

**Sr. Almada** Pido la palabra.

**Sr. Barroetaveña**—Pido la palabra.

Es con el fin de que el señor miembro informante y el señor ministro fijen su atención en una crítica que voy á hacer al artículo, si el señor miembro informante me permite.

**Sr. Almada**—Sí, señor.

**Sr. Barroetaveña**—Las últimas palabras que ha pronunciado el señor diputado por Buenos Aires, señor Varela, me aperciben de que en este artículo 9, y en los artículos 10, 11, 12 y 13 de este proyecto, está la base de su inconstitucionalidad más acentuada que en los demás artículos del proyecto.

No voy á hacer una demostración extensa; me basta decir esto: Es un requisito de las leyes el que sean generales, y, sobre todo, las leyes penales que definen un delito y aplican la pena, máxime tratándose de un delito que por este proyecto puede ser castigado sin juicio pre-

vio, y á cuyos autores se les niega hasta el beneficio de la excarcelación bajo fianza.

Por esta ley no son iguales todos los habitantes de la nación, como lo dispone claramente la constitución federal. Por ella, los habitantes de la nación que en la capital ó los territorios federales venden billetes autorizados por las provincias ó leyes extranjeras, serán delincuentes en la capital y en los territorios federales y dejarán de serlo en cada una de las demás provincias donde se permite el juego de la lotería.

Luego, pues, no serán iguales ante la ley, porque serán delincuentes en una parte y dejarán de serlo fuera de allí.

**Sr. Almada**—Pido la palabra.

¡Lo único que deploro es que me falte el tiempo para satisfacer al señor diputado y á la cámara, muy extensamente, respecto de las dudas que se suscitan sobre el particular!

Quiero ser conciso, porque tengo necesidad de ausentarme de la capital esta misma noche.

Voy á contestar las preguntas que se me acaban de hacer, de la manera más satisfactoria que creo posible, dentro de mi propósito.

Me preguntaba antes, ¿qué es lo que quiere decir el artículo 9 del proyecto en discusión? y, para satisfacer esa pregunta le rogaría al señor secretario se sirviera leer el artículo 9 en discusión.

**Sr. Secretario Sorondo**—(Leyendo). «Queda prohibida la introducción y venta de toda otra lotería en la capital y territorios federales».

**Sr. Almada**—Perfectamente.

Al mismo diputado que hacía la pregunta le podría preguntar yo: ¿qué es lo que significa el artículo? Porque debe tener los mismos antecedentes, sino mayores que yo. Y la cámara se va á apercibir de ello.

Tengo aquí, delante, el Diario de Sesiones de la cámara, del año 93, cuando se discutía esta ley. El artículo 3.º de esa ley de la lotería, dice lo siguiente: «Queda prohibida la introducción y venta de toda otra lotería en el territorio de la capital». ¡Es decir, es el mismo artículo que actualmente rediscutimos!

**Sr. Varela**—¡No, señor!

Por el uno se autoriza á la municipalidad de la capital para jugar una lotería.

Por este otro artículo la cámara entiende que es una lotería nacional y la hace general; y desde que el principio es universal, ya no cabe la excepción.

Es una diferencia radical.

**Sr. Almada**—Si la cámara me permite. Lo más propio, para que ella sepa lo que ha dicho cada uno, es leer el Diario de Sesiones del 93, y lo voy á leer, porque es corto.

Dice: «En discusión el artículo 3º.

«**SR. MAGNASCO**—Desearía saber si se excluye la venta de las loterías sancionadas últimamente por el congreso».

«**VARIOS SEÑORES DIPUTADOS**—No».

«**SR. SEGUI**—Habría que aclarar eso».

«**SR. MAGNASCO**—Claro, porque si se prohíbe la venta de todo billete.»

«**SR. GILBERT**—Debe entenderse las loterías extranjeras, porque hay provincias que han autorizado una lotería con destino especial: á la educación ó caridad pública, y esto importaría una prohibición para sus billetes.»

«Se refiere, pues, el artículo á la venta de billetes de loterías importadas.»

«**SR. QUESADA**—Esas loterías provinciales se venderán en sus respectivas provincias.»

Este señor Quesada era el miembro informante, que había dicho: esta lotería es de carácter eminentemente nacional.

Bien; sigo la enumeración.

«**SR. GILBERT**—Perfectamente» (le contesta al señor Quesada); «quiere decir que la venta de billetes de loterías autorizadas en las provincias no está prohibida en la capital.»

«**SR. LASTRA**—Yo entiendo, por el contrario, que por ese artículo queda prohibida la introducción en la capital, de toda otra lotería.»

«**SR. ACUÑA**—Sí, señor.»

«**SR. VARELA**—Tiene su explicación.» (*Risas.*)

**Sr. Varela**—Sí, señor; y léala!

Tiene su explicación. Lo sensible es que no se comprenda la explicación!

**Sr. Almada**—(Leyendo)... «y tiene su explicación, porque una parte del producido de esta lotería está destinada á las municipalidades de algunas capitales de provincia.

**Sr. Varela**—Sigal

**Sr. Almada**—¡Como voy á seguir, si no dice más! (*Risas.*)

**Sr. Varela**—Complemente el pensamiento y lo encontrará.

**Sr. Almada**—Complementa el pensamiento del otro diputado que decía: «Sí, señor, queda prohibida»

**Sr. Varela**—Porque la municipalidad tiene facultad como tal!

Pero no se me escape el señor diputado! ¿Cómo hace una ley nacional que rija en un pedazo de la República y no en otro?

Cuando se trata de una ley municipal, sí; y esa es la explicación.

**Sr. Almada**—Voy á continuar.

Yo quiero excusarme, señor presidente, el comentario de estos antecedentes, en presencia de una asamblea tan ilustrada como esta, y de la que, sin duda, soy el menos capaz.

**Un señor diputado**—¡Modestia!

**Sr. Almada**—No hay modestia de mi parte, sino sinceridad.

Continúo adelante.

Entonces, convencido el doctor Magnasco de que por este artículo quedaban prohibidas todas las loterías, dice:

«**SR. MAGNASCO**—Pido la palabra.»

«Entonces, hago moción para que se agreguen estas palabras: con excepción de las autorizadas por el honorable congreso».

Y llamo la atención de la cámara sobre la calidad del hombre que hablaba, sobre su ilustración y talento.

Estaba persuadido ya por los informes de todos que con esto quedaban excluidas todas las loterías, y por eso pedía que se agragasen esas palabras, como una salvedad.

«**SR. GILBERT**—Pero eso va á hacer que el asunto vuelva al senado!»

«**SR. VARELA**—Pido la palabra.»

«No es necesario, y se lo voy á explicar al señor diputado». (*Se refiere á Magnasco.*)

«**SR. MAGNASCO**—El señor diputado podrá explicar todo lo que quiera, pero siempre será su opinión individual y no la del congreso.»

«Si el intendente municipal las manda prohibir, ¿para qué servirá la manifestación del señor diputado?»

Octubre 4 de 1895.

CÁMARA DE DIPUTADOS

.2ª Sesión de prórroga.

«SR. VARELA—Si me oyera, vería que tiene explicación.»

«Hay otro artículo que dice que esta lotería empezará á jugarse después de las otras acordadas por el congreso.»

**Sr. Varela**—Ah!... Ah!... Ah!... Ah! (Risas.)

Lea lo que dijo el doctor Magnasco.

**Sr. Almada**—Ah!... Ah!... Ah!... Ah!... (Risas.)

Vamos á llegar á todas las admiraciones!

Ah!... Ah!... Ah!... (Risas.)

**Sr. Varela**—No le puedo admitir esa lectura en la forma en que lo está haciendo.

**Sr. Almada**—Y dice el

«SR. MAGNASCO—Ah! Muy bien.»

Es decir, si hay otro artículo que diga eso, está muy bien. Y aquí terminó el incidente.

Perfectamente.

(Consultando el Diario de Sesiones)—Hablo yo también sobre el particular y cuando se iba á concluir la discusión del proyecto, dice el señor Magnasco....

**Sr. Varela**—Lo que va á decir es muy sencillo.

Resultó que no había el artículo, que no había sido aceptado en el senado; y yo le dije al señor Magnasco: «Vamos á proponerlo.»

Me parece que en esto procedí con la lealtad de un hombre honrado!

**Sr. Almada**—(Leyendo): «Se vota el artículo en discusión y es aprobado.—El 9º es de forma.»

Cuando terminaba la sanción de la ley dice Magnasco:

«Pido la palabra.

»¿Y á dónde está el artículo mencionado por el señor diputado por Buenos Aires?»

«SR. VARELA—He oído en el senado la declaración esa, y he creído que estaba incorporada al proyecto.»

¡Resultaba que no había tal artículo!

**Sr. Varela**—¡Eso es lo que dijo Varela, porque Varela es un hombre leal!

Lea lo que sigue.

**Sr. Almada**—Magnasco dice:

«Pero es que el señor diputado ha asegurado que existía ese artículo, y no hay tal artículo.»

«No me va á correr con la vaina.»

»SR. VARELA—Tiene razón el señor diputado. Me iba á anticipar á pedirle que él lo propusiera.»

»En el senado era entendido que se establecería.

»No tengo inconveniente en acompañar al señor diputado.»

**Sr. Varela** ¡Ahí tiene el señor diputado!

Y se trataba de un hombre tan inteligente como Magnasco.

Si él hubiera estado aquí me habría dado argumento para combatir la ley de la lotería nacional.

**Sr. Almada**—Si estuviera aquí, él nos hubiera dado argumentos á todos para cualquier cosa! Y aún yo mismo, si hojeara este Diario de Sesiones, podría sacarlos fácilmente.

El señor diputado dijo, por ejemplo:

«La comisión ha estudiado el asunto con la detención que él merece.»

»La situación por que atraviesa el país reclama medidas extraordinarias para atender también á necesidades que, si son aparentemente extraordinarias, deben constituir resortes normales en la sociedad misma.»

**Sr. Varela**—El señor diputado no tiene el derecho de hacer citas de ese modo leyendo párrafos sueltos, y haciéndome decir lo que no he dicho.

**Sr. Almada**—Yo no tengo placer en hacer decir á nadie nada distinto de lo que haya dicho, y mucho menos de lo que no haya dicho, porque yo no soy capaz de faltar á la verdad. Leo simplemente estas cosas, porque se me ha obligado á hacerlo.

Entonces de lo que tratamos aquí es de repetir la sanción misma que ya tiene la ley vigente, desde que este artículo 9 es copia al pie de la letra, es el mismo artículo de la ley vigente, y desde que el señor diputado ha concurrido á la sanción de esa ley ¿para qué me pide explicaciones á mí, miembro informante de la comisión ahora? Debió tener él sus razones cuando votó en favor del artículo, y si las tiene para votar ahora en contra, expóngalas; pero no me pida explicaciones á mí.

¡Cómo le voy á explicar yo lo que el mismo ha hecho!

Voy á terminar con la observación que

se hace á la penalidad establecida por este proyecto.

El artículo 9º del proyecto es el mismo artículo 3º de la ley vigente. Entonces no tengo nada que explicar á este respecto. Y no sólo eso, sino que es el mismo artículo 1º de la ley de 1885. Esta ley, que le quitó la facultad que tenía la municipalidad para jugar una lotería permanente, decía: «Desde 1886, queda absolutamente prohibido el juego de lotería en la capital y territorios nacionales.»

Por consiguiente, no hay ninguna innovación.

Pero, á propósito de este artículo es que el señor diputado Barroetaveña hace el argumento de que él importa la creación de un delito, y pregunta: ¿En qué condiciones quedan los habitantes de la capital y territorios nacionales con respecto á los demás habitantes del país? ¡Pero, en las mismas condiciones que están actualmente! Y si están en las mismas condiciones ¿qué es lo que tenemos que explicar nosotros?

**Sr. Barroetaveña**—Si no existiera el artículo 9º, no sería pertinente mi observación; pero estando incorporadas sus disposiciones á la ley actual y estando en momentos de votarse, tengo el derecho de hacer la crítica de esta disposición, porque, como dije, crea un delito para los habitantes de la capital que deja de serlo para los de las provincias.

**Sr. Almada**—No crea ningún delito para los habitantes de la capital ni los coloca en diferentes condiciones.

En primer lugar, porque la ley que dispone esto rige desde 1885. Desde entonces hasta la fecha no hay ejemplo—de que en nuestros tribunales—aquí, en Buenos Aires, ningún abogado se haya presentado á alegar contra esta disposición. Estos son los informes que me han dado. No conozco el foro de esta capital, no me ocupo de hacer averiguaciones sobre las cuestiones que en él se debaten. Por consiguiente, pudiera el informe ser exagerado. No las conozco; pero si se hubiese presentado el caso, no podría menos de haber suscitado oposición en la prensa. Y, como no se conoce, no hay oposición de nadie.

Ahora bien: yo le voy á explicar al señor diputado como las infracciones que

se penan por este artículo no colocan absolutamente en diversidad de situación á los habitantes de la capital, sino que se hace lo que el congreso puede hacer en este caso. Porque se ha dicho y se ha dicho con verdad: las provincias tienen derecho para establecer sus loterías. Es natural! Esto está consagrado por la disposición del artículo 104, de la constitución.

**Sr. Rodríguez Jurado**— Ese es el argumento que debía haber hecho ya.

**Sr. Almada**—¿Para qué voy á estar diciendo que es la verdad lo que es verdad?

Yo no contesto sino lo que tengo necesidad de observar.

Las provincias tienen perfecto derecho..... Ahora, el congreso, en este caso, sólo legisla para la capital y territorios nacionales, porque no puede invadir facultades que no les son privativas, y que pertenecen á las provincias.

He terminado.

**Sr. Varela**— Quería dejar constancia simplemente de esto: yo no puedo compararme á un Séneca, por mi sabiduría y mi virtud.

Séneca decía que siempre se aprendía, y que, por consiguiente, no era extraño que pudieran encontrarse contradicciones en los actos de su vida.

En mi caso, no hay contradicción sino en una cosa: en la bondad de mi carácter.

Cuando fundé el primitivo proyecto dije: la comisión, unánimemente, incluso el que habló antes que yo, están en contra de la lotería; es un mal esta lotería por un millón de pesos, para estas Damas de Beneficencia que la piden, es mayor mal que haya un millón de niños que están muriendo, sin tener dónde albergarse, porque no hay con qué cubrirlos; y, entre estos dos males, la comisión, por esta causa, acepta la lotería por un millón.

No se dió más que esa lotería por un poco de tiempo, vinieron otras de Misericordia, pidiendo también.

Se dió otra lotería por un millón de pesos. Más tarde, se propuso haber una municipal. Y entonces yo dije: No continúa, será siempre tiempo de estos recursos extraordinarios.

objetos, porque un mal mayor concurrirá á formar un mal menor.

De modo que fué simplemente esta bondad de carácter la que me hizo ceder el pedido de las Damas de Misericordia, sin duda por aquello que dijo nuestro poeta:

«Lágrimas de mujer conmueven bronce.»

Ellas hablaron á nombres de niños moribundos, y yo me dejé convencer.

De ahí, pues, ese modo razonable de dar y esta actitud mía ahora.

Porque entonces, señores diputados (la cámara debe tenerlo presente,) como lo recordaba el señor diputado por San Juan, se trataba de una comisión en el municipio de la capital, y la constitución dice que el congreso es el poder legislativo en el municipio de la capital; de modo que cuando entonces legislaba para esta, no se le ocurrió á nadie decir que, en virtud de la ley del año 85, las provincias no podían autorizar loterías, porque el congreso, como legislatura local, prohibía esas loterías provinciales en la capital.

Pero ahora, sin razón alguna—porque la verdad es que no me he dado cuenta del por qué de este empeño en declarar nacional á esta institución—se dice: No, señor, esta es una lotería de beneficencia nacional. Y en este proyecto se pone un artículo en que se dice: En la capital, no se podrá hacer esto; pero se podrá hacer en tal otra parte de la República!

Y yo pregunto: ¿Cuál es el artículo de la constitución que permite, dictando una ley el congreso nacional, clasificar las jurisdicciones y decir: En tal parte habrá una jurisdicción, y en tal otra, una distinta?

Lo pregunto; y á esto, el señor miembro informante se empeña en leer lo que yo he dicho, haciendo movimientos más ó menos violentos, como para pintar, probablemente, la magnitud ó lo craso de mis errores ó contradicciones; pero no contesta mi pregunta: ¿en qué parte de la constitución se autoriza que una ley con carácter nacional pueda tener jurisdicciones separadas?

Es lo que le han preguntado también al señor diputado por San Juan y

el señor diputado por la Capital, y es la que se necesita saber, al votar la ley.

Porque, no ha ocurrido el caso, pero vendrá en adelante—se lo aseguro al señor diputado: más de uno, cuando vea que á esta lotería se le da el carácter de nacional, se ha de presentar ante la justicia federal, diciendo: Señor; no me dejan vender estos billetes autorizados por una provincia argentina; y además, en virtud de la facultad que acuerda la constitución á todos los habitantes del país, de negociar en todas partes de la República, mientras no haya ley que lo prohíba, yo puedo vender números de la lotería de Santa Fe, San Luis, etc. en la capital.

Es esto lo que debe contestarse.

**Sr. Almada**—Pido la palabra.

Como yo deseo no hablar más sobre este particular, simplemente quería decir dos palabras.

**Sr. Varela**—No he terminado todavía, señor presidente.

**Sr. Presidente**—Creía que había terminado. (*Risas*).

**Sr. Varela**—No, señor; porque mi pregunta, por más que se le haya dado un carácter que no tiene, es pertinentísima.

Si es esto un derecho que ejerce el congreso, como legislatura del municipio de la capital, idéntico derecho tienen, entonces, las legislaturas provinciales para ejercitarlos sobre la lotería nacional; y cada legislatura provincial podría dictar una ley, diciendo: queda prohibida la venta de lotería nacional en el territorio de la provincia A ó B.

Y yo, entonces, hago esta pregunta: ¿dónde quedaría esta ley nacional, si las catorce provincias argentinas, defendiéndose, dijese esto?

El señor diputado me contesta en voz baja que no les conviene hacerlo.

He citado ya una provincia...

**Sr. Rodríguez Jurado**—Es que pueden hacerlo.

**Sr. Varela**—... que recibe 60.000 pesos y que tiene una oferta de 180.000.

—Un señor diputado se dirige en voz baja al orador.

**Sr. Varela**—Lo mismo se me dijo á propósito de una ley de intervención: que el caso que yo suponía, no iba á su-

ceder, y, sin embargo, sucedió. Así es que no acepto la observación.

**Sr. Almada**.—Pido la palabra.

Como yo tengo la obligación, siendo miembro informante, de satisfacer todas las preguntas que se hagan, y como el preopinante no se ha declarado satisfecho con mis explicaciones anteriores, lo único más que podría decir para satisfacer ese deseo, es leer el artículo 15 del proyecto que discutimos:

«Las provincias que por medio de sus legislaturas ó municipalidades, seis meses después de la promulgación de esta ley, autoricen nuevas loterías ó permitan que se continúen jugando las ya autorizadas, ó que se concediesen por otras provincias, quedarán excluidas de los beneficios de esta ley.»

Por consiguiente, esto, significa un reconocimiento de que las provincias tienen el perfecto derecho de establecer loterías, además de las que ya tengan.

Este derecho está consagrado por el artículo 104 de la constitución.

Bien: para no hablar más,—porque es mi propósito no decir una sola palabra más,—de una vez por todas quiero contestar, no sé á quien, pero me parece que á todos los que han hablado sobre este particular, quiero hacerles una reflexión personal.

Cada uno, cuando habla, se entusiasma con sus ideas, se apasiona de los principios que sostiene, porque los cree muy justos, porque los cree muy equitativos y porque los cree completamente ajustados á la razón. De aquí resulta que, en el calor de la improvisación, se vierten conceptos, se dicen cosas que al mismo tiempo que alhagan al auditorio, alhagarán mañana al que las lea en la prensa, dejando al que sostiene la opinión contraria en una posición, algo molesta, por lo menos.

Entonces, pues, en este caso, ¿quién vendría aquí, á este parlamento, que es el *summum*, el cerebro de este gran pueblo argentino,—que, en cuatro plomadas, dije en la sesión anterior que era un pueblo moral, juicioso y trabajador,—quién vendría, digo, á hablar en nombre de la moral, de la virtud y de las buenas costumbres, que arrancara aplausos de todo el mundo. Y si algún

otro, por casualidad estuviese obligado á sostener lo contrario, ó, por lo menos, una proposición que no importase lo mismo, ese quedaría en situación incómoda?

Yo, señor presidente, todo lo que puedo decir en defensa de mi pobre personalidad y en defensa del pensamiento de la comisión, sería repetir cuatro palabras que pronuncié en esta cámara, el año del Señor de 1893, cuando como ahora era también miembro informante de la comisión de hacienda, en un asunto de lotería. Y voy á leer esas palabras, porque si hablara, sería más difuso.

Dicen así:

«**SR. ALMADA**.—Pido la palabra.

La ilustrada comisión de hacienda me ha conferido el encargo de informar en este proyecto, y, francamente, no sé cómo voy á desempeñar este mandato, que importa, para mí, un señalado honor

«No lo sé, señor presidente, porque tengo dos discursos que pronunciar en este caso». (Se trataba de otra lotería para las damas de caridad). «El uno, que se funda en la moral y en el derecho; el otro, que se funda en los hechos. El que se funda en la moral y el derecho, es radicalmente contrario á todo juego de azar; el que se funda en los hechos, permite ciertos juegos, y va hasta dar preferencia á la lotería, como lo voy á demostrar».

Entonces, pues, con esto dejé bien deslindada mi situación personal, ya que como diputado me veía en el caso de sostener una lotería.... Y aquí tomo la frase de labios del mismo diputado que me ha precedido: las lágrimas de una dama son capaces de conmovér al bronce!

¿Cómo no me habían de conmovér á mí, que soy más blando que un pan de jabón.... (*Risas*) cuando las damas me iban á pedir que informara en ese proyecto!

¡Pero lo he sostenido antes y lo sostengo ahora, por la posición que ocupo; mas no porque defienda el juego, por el amor á Dios!

Y es necesario que se aperciban los señores diputados de la inconveniencia de dar ciertas formas á esta discusión, no solo por el congreso mismo, sino también por honor de esta comisión de res-



Octubre 4 de 1895.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2ª Sesión de prórroga.

petables ciudadanos, de los cuales no tengo el honor de conocer sino á dos ó tres, los administradores actuales de la lotería.

He oído á personas que me merecen el más alto respeto y las mayores consideraciones, que los caballeros que componen y han compuesto la comisión administradora de la lotería, desde que se constituyó hasta la fecha, son la gente más honorable, más cumplida, más delicada de este pueblo.

Fíjense los señores diputados en la posición en que colocamos á esos dignos sujetos que trabajan durante dos años sin remuneración alguna, por hacer un servicio público, cuando estamos mezclando en esta discusión, á propósito de la lotería que ellos presiden, estas palabras: Esto es inmoral, es tener un garito, es establecer una banca y..., venga y apunte el que quiera! Es una cosa francamente mortificante para todo el que se vea en el caso de administrar la lotería.

**Sr. Barroetaveña**—Pero es la verdad. El señor diputado se ha adherido á todo ello en la sesión anterior, diciendo que es un vicio, pero que es un hecho que da renta.

**Sr. Almada** — Pero, señor diputado, ¡por el amor del espíritu santo! ¡Permítame! (*Risas*). No sólo he adherido en estas últimas cuarenta y ocho horas, sino que en el año 1893, y creo que desde que he nacido, he sido contrario á este juego, y á todo otro. Ahí está el Diario de Sesiones de 1893, libro primero, página 63, donde puede leer el señor diputado las palabras que dije: Tengo dos discursos, es decir, dos opiniones; una que es mi opinión como hombre de ley, como jurista, y esa está en contra de todo juego de azar; y otra, como hombre, dentro de lo humano, y esa va hasta permitir el juego de lotería.

Le quiero decir al señor diputado que desde que tengo memoria, desde que he estudiado derecho, he pensado como él lo manifiesta; con una simple diferencia: que no tengo la misma intransigencia que él tiene.

Perdóneme si uso esta frase. No encuentro otra para referirme á la dureza que se requiere para resistir esta verda-

dera sugestión de las necesidades sociales.

— Se aprueban los artículos 9 y 10.

— En discusión el artículo 11.

**Sr. Barroetaveña**—Pido la palabra.

El artículo del código de procedimientos criminales á que se refiere esta parte del proyecto, es el que autoriza la excarcelación bajo fianza, que se concede para todo delito cuyo máximo de pena no exceda de dos años de prisión.

El delito de expender billetes de lotería de las provincias ó extranjeras, en la capital y en los territorios federales, es en extremo convencional. Su inmoralidad y su fuerza dañina para la sociedad queda muy atenuada con el establecimiento de la misma lotería, con el premio que se da á los expendedores de la lotería nacional, y que, como he dicho antes, deja de ser delito fuera de los límites de la capital y de los territorios federales.

Sí, pues, tiene tanta fragilidad, bajo su faz moral, el expendio de billetes de lotería, no veo, francamente, por que razón se ha de privar á los expendedores de la garantía de poder pedir la excarcelación bajo fianza, cuando se acuerda á los criminales de peores delitos, siempre que la falta en que hayan incurrido no merezca prisión mayor de dos años.

No veo ninguna razón para que se prive á los expendedores de loterías clandestinas de la libertad de salir bajo fianza; tanto menos cuanto que la libertad bajo fianza es, por decirlo así, una de las garantías más preciosas de la libertad de los procesados.

Puede haber error ú omisiones en el sumario que se instruye al sindicado de vender billetes clandestinos, y sería una temeridad hacerle sufrir una prisión preventiva; sobre todo, desde que él presenta los medios y las seguridades de que se pueda hacer efectiva la pena, una vez que se le condene por autoridad competente.

Es tanto más grave la existencia de este artículo, cuanto que se hace juez único del castigo de este delito á la policía, privando de juez y de defensa al reo ó al procesado.

**Sr. Rodríguez Jurado**—Yo voy á ad-

herirme á la indicación del señor diputado por Buenos Aires.

Creo sumamente grave este artículo, porque suprime—nada más que por una infracción—una de las facultades más importantes que se acuerda á cualquier procesado: la de pedir su excarcelación bajo fianza.

El derecho de la excarcelación es innegable en todo procesado: pero no en los penados; y, por este artículo, se establece para el penado.

**Sr. Almada**—Pido la palabra.

El artículo 376 del código de procedimientos establece que cuando un individuo ha cometido un hecho delictuoso que no mereza una pena mayor de dos años (después de juzgado), puede pedir su excarcelación bajo fianza; lo que quiere decir que mientras se está instaurando el juicio, en el procedimiento, puede pedir la excarcelación, por que no está aún penado.

Y en el caso del artículo establecemos que no puede pedir la excarcelación, porque ya está penado de antemano por la ley.

**Sr. Rodríguez Jurado**—Entonces está demás el artículo.

**Sr. Almada**—No está demás.

**Sr. Rodríguez Jurado**—¿Dónde ha visto una excarcelación para un penado?

Es un error jurídico.

**Sr. Almada**—Si se dijese que los infractores de esta ley tienen la prerrogativa del artículo 376 del código, la de la excarcelación bajo fianza, sería lo mismo que establecer que los procesados que están en la penitenciaría, procesados por cualquier delito, pudieran ser excarcelados bajo fianza. Y en este caso el expendedor de billetes falsos se equipara al que hace emisiones clandestinas, y es por eso que se le establece la pena de prisión.

**Sr. Demaría**—Pido la palabra.

Yo no pensaba haber tomado parte en la discusión de esta ley, porque la creo, como los señores diputados que han manifestado sus razones, absolutamente inconstitucional, desde el principio hasta el fin. Pero, tratándose de este artículo, me va á permitir la cámara que dé mi opinión, que discrepa de la de mi distinguido colega el señor diputado Barroetaveña.

Yo creo que este artículo está demás; pero por otras razones.

A mi juicio, no necesita establecerse en esta ley que los que incurran en esta falta—no delito, porque no es delito—que se pena con seis meses, no tienen derecho á la excarcelación, porque la misma ley establece, y es aceptado por todos, que los infractores, es decir, que los que violan decretos ó disposiciones municipales ó policiales no tienen el derecho á esta prerrogativa.

Los que violan disposiciones de un género especial, como estas, que están sometidos á una legislación de procedimiento especial, no de procedimiento común del derecho penal...

**Sr. Barroetaveña**—¿Me permite una interrupción el señor diputado por Buenos Aires?...

**Sr. Demaría**—Sí, señor.

**Sr. Barroetaveña**—El artículo 376 del código de procedimientos criminales dice que, cuando el *hecho* que motiva la prisión del procesado tenga sólo pena pecuniaria ó corporal que no exceda de dos años de prisión, ó una y otra conjuntamente, podrá decretarse la libertad provisoria, siempre que preste alguna de las cauciones establecidas por el propio código.

Esta disposición comprende el caso como todo delito cuya pena no exceda de dos años de prisión.

**Sr. Demaría**—Pero, después hay una disposición especial que excluye...

**Sr. Barroetaveña**—Pero, ¿cómo va á excluir á un delincuente que merece una pena menor y cuando está asegurada la pena con la fianza!

**Sr. Demaría**—Las disposiciones especiales alteran las disposiciones generales en cuanto se refieren al hecho especial que legislan.

Eso lo sabe el señor diputado.

En el mismo código...

**Sr. Barroetaveña**—¿Qué objeto tiene la excarcelación bajo fianza? No hacer molesta una prisión inútil cuando está asegurada la pena con la fianza.

**Sr. Presidente**—Permítame el señor diputado. Ahora le toca hablar al señor diputado por Buenos Aires, que es quien tiene la palabra.

**Sr. Barroetaveña**—Le pido disculpa al señor diputado.

Octubre 4 de 1895.

CÁMARA DE DIPUTADOS

2ª Sesión de prórroga.

**Sr. Presidente**—Tenga la bondad de dirigirse á la presidencia el señor diputado por Buenos Aires, porque, de esa manera, evitará diálogos.

**Sr. Demaría**—Decía que el mismo código contiene disposiciones respecto de las faltas.

Lo que recordaba el señor diputado se refiere á los delitos. Esto no es delito. Esto es una infracción, y por consiguiente, no es aplicable la ley de excarcelación bajo fianza, como no lo es al borracho que toma la policía y le impone una multa y lo tiene detenido hasta que la pague; y como no lo es á todas las otras infracciones.

**Sr. Barroetaveña**—Lo es en todos los casos.

**Sr. Demaría**—Es la primera vez que oigo decir que á simples infractores les sea aplicable la excarcelación bajo fianza.

**Sr. Barroetaveña**—El *hecho*, dice el código; y si hubiera duda, habría que interpretar la ley en favor del procesado.

**Sr. Demaría**—Perdóneme el señor di-

putado. No puedo seguirlo con estas interrupciones.

**Sr. García (L.)**—No sólo el señor diputado, ¡la cámara! ¡Él interrumpe á cada momento!

**Sr. Barroetaveña**—¿Y el señor diputado tiene derecho de hacerme esa observación?

**Sr. García (L.)**—El señor diputado es el dueño de la cámara! ¡Él tiene el derecho de hablar cuando le da la gana, contra el reglamento!

Estamos aquí á disposición del señor diputado. El señor diputado vuelve por activa y pasiva el discurso; y en ese caso yo tengo el derecho de pedir que se le impida que hable.

Repíte el concepto veinte veces! Si yo me estudio un discurso y lo repito en la cámara veinte veces, se me puede quitar el uso de la palabra!

**Sr. Presidente**—No tiene la palabra el señor diputado.

Y para cortar este incidente, invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Se pasa á cuarto intermedio, siendo las 6 y 40 p.m.